



Violencia Urbana en América Latina: Un modelo sociológico de explicación

*Roberto Briceño-León**

Resumen

La violencia interpersonal se ha convertido en uno de los principales problemas de salud pública de las ciudades de América Latina. El artículo presenta una interpretación sociológica de la violencia en tres niveles: (a) macro-sociales la desigualdad social debida al incremento de la riqueza y la pobreza; la paradoja del mayor nivel educativo de las personas, pero las menores oportunidades de empleo, el incremento de las expectativas y de la imposibilidad de satisfacerlas; los cambios en la familia y la pérdida de importancia de la religión en la vida cotidiana de las personas; (b) meso-sociales el incremento de la densidad en las zonas pobres y la segregación urbana, la cultura de la masculinidad y los cambios en el mercado local de la droga; (c) micro-sociales el incremento de las armas de fuego, el consumo de alcohol y las dificultades de expresión verbal de los sentimientos por las personas. El artículo concluye con un análisis sobre cómo la violencia está llevando no sólo a la pérdida de las ciudades, sino a la ciudadanía en América Latina.

Palabras clave: Violencia, Sociología, Salud Urbana, Ciudadanía.

* Laboratorio de Ciencias Sociales, Caracas, Venezuela. E- mail: bricenoleon@cantv.net

Urban Violence in Latin America: A Sociological Explanatory Model

Abstract

Interpersonal violence has become one of the main public health issues in Latin American cities. This article presents a sociological interpretation of this violence on three levels, expressed in the factors that originate, foment or facilitate violence. Macro-social factors include: social inequality due to the increase of wealth versus poverty; the paradox of more schooling with fewer employment opportunities; increased expectations and the impossibility of satisfying them; changes in the family structure; and loss of the importance of religion in daily life. At the meso-social level, the analysis highlights: increased population density in poor areas and urban segregation; the culture of masculinity; and changes in the local drug market. Micro-social factors include: an increase in the number of firearms; alcohol consumption; and difficulties with the verbal expression of feelings. The article concludes with an analysis of how violence is leading to the breakdown not only of urban life but also of the citizenry as a whole in Latin America.

Key word: Violence, sociology, urban health, citizenry.

Las ciudades de AL se han convertido en el escenario de una guerra silenciosa y no declarada. La Organización Mundial de la Salud calcula que en AL ocurren unos 140 homicidios cada año (WHO, 2002). La mayoría de estas muertes ocurren en las ciudades y son producto de la violencia interpersonal, no de guerras ni de conflictos armados, son violencia cotidiana, es encontrarse con la muerte en la esquina de la casa.

Durante varias décadas las familias, las instituciones y los gobiernos de América Latina han hecho un inmenso esfuerzo por mejorar las condiciones de salud de la población: desde la atención pre-natal y las vacunaciones hasta los hospitales. Ese esfuerzo de varias décadas dio sus frutos y después de la mitad de siglo XX la esperanza de vida aumentó en el conjunto de países y saltó desde alrededor de los 50 años hasta los 70 años de vida. En ese proceso una generación de padres se mudó a las ciudades buscando un futuro mejor, buscaban en la ciudad mayores posibilidades de ciudadanía, es decir

mejor calidad de vida y una vida construida con derechos. Esos padres tuvieron a sus hijos en la ciudad y les ofrecieron cuidado y educación. Así los vieron crecer: sanos, robustos, más altos, con más años de estudio que sus progenitores y llenos de ilusiones, pero un día mueren asesinados...

¿Qué ha pasado para que la ciudad de América Latina, el lugar de los sueños y las esperanzas, se convierta en una amenaza para la mayoría de sus habitantes?

La acelerada urbanización

AL ha vivido un notable proceso de urbanización, las personas viven en ciudades y en ciudades cada vez más grandes y esto ha significado un cambio importante en la cotidianidad de las personas y en las condiciones de salud pública. Para 1950 la población urbana menos de la mitad habitaba en ciudades (41%), para el año 2000 había aumentado las tres cuartas partes de la población total. Pero las cifras absolutas son mucho más sorprendentes: en 1950 la población urbana de América Latina y el Caribe eran 69 millones de personas, para el año 2000 había crecido a 391 millones, es decir 332 millones de personas más en las ciudades. En 1950 en Sur América moraban 48 millones de personas en las ciudades, 15 millones en América Central y 6 millones en el Caribe. Cincuenta años después había 228 millones más en Sur América, 76 millones más en América Central y 18 millones más en el Caribe (Population Reference Bureau, 2004). Las cifras son excepcionales y abrumadoras.

Cuadro 1
Población Urbana de América 1950

	1950		2000	
	Millones	%	Millones	%
Sur América	48	42.8	279	79.8
Caribe	6	35.4	24	63.0
Centroamérica	15	39.8	91	67.2
Norteamérica	110	63.9	239	77.2

Fuente: Contrucción propia sobre datos de United Nations (2001).

En 1950 Buenos Aires tenía poco más de 5 millones de habitantes y el resto de ciudades grandes no superaba los 3 millones de habitantes: Sao Paulo tenía 2,4 millones, Río de Janeiro 2,8 millones y Ciudad de México 2,8 millones. Pero cincuenta años después la población se había doblado (Buenos Aires tenía 12,5 millones); triplicado (Río de Janeiro tenía 10,4 millones)

sextuplicado (Ciudad de México, 18 millones) o septuplicado (Sao Paulo 17,7 millones). En 1950 había una sola ciudad con más de 5 millones de habitantes, en el año 2000 había 7 ciudades pues, además de las anteriores, Buenos Aires, Río de Janeiro, Ciudad de México y Sao Paulo, están Santiago de Chile (5.5 m), Bogota (6.2 m) y Lima (7.4 m) superaron los 5 millones de habitantes. En su conjunto esas 7 ciudades albergaban a 78 millones de personas (United Nations, 2002).

Para comienzos del Siglo XXI el 60% de la población habitaba en ciudades de más de veinte mil habitantes (Rodríguez, 2002) y la mitad de ellos, es decir, uno de cada tres latinoamericanos, vivían en alguna de las cincuenta ciudades que albergan un millón o más habitantes (United Nations, 2002). En esas cincuenta ciudades se encuentra el problema central de la violencia de América Latina.

La Violencia Creciente

La Organización Mundial de la Salud (2002) calculó que en el mundo ocurren unos 520 mil homicidios cada año para un tasa de 8,8 asesinatos por cada 100 mil habitantes y unos 310 mil muertos en las acciones bélicas, para una tasa de 5,2 víctimas por cada 100 mil/h. Los homicidios son, sin lugar a dudas, un serio problema de salud pública, con una dimensión mayor que las guerras como puede desprenderse de las cifras anteriores.

En las regiones de la OMS la más alta incidencia de homicidios ocurre en África con una tasa de 22 homicidios h/100000, le sigue las Américas con una tasa de 19 homicidios por cada 100mil/h y luego Europa con 8 homicidios por cada 100 mil/h (WHO, 2002).

Pero la tasa de 19 homicidios para las Américas es una media que esconde grandes diferencias en la región. En primer lugar entre los países ricos de la región - USA y Canadá- y el resto de América Latina y luego entre los propios países de AL y el Caribe. Estados Unidos y Canadá son una realidad social y económica completamente distinta, y por lo tanto deben verse como algo separado del resto de países de América, aunque las diferencias entre ambos países sea muy grande, pues USA tiene una tasa histórica de alrededor de 8 homicidios por cada 100 mil/h, lo cual es varias veces mayor que la de Canadá, que no supera los 2 homicidios por cada 100 mil/h. Y, por el otro lado, la tasa de homicidios de USA es superior a la de algunos países latinoamericanos como Chile o Costa Rica.

En segundo lugar los países de América Latina tienen grandes diferencias entre sí y proponemos clasificarlos en cuatro grupos: los que tienen menos de 10 homicidios por cada 100mil/h: Argentina, Chile, Costa Rica, Uruguay y Paraguay. Los que tienen una tasa entre 11 y 20 homicidios por cada

100 mil/h.: Perú, Nicaragua, Ecuador, Republica Dominicana, Panamá y Honduras. Los que tienen una violencia alta y una tasa de entre 21 y 30 homicidios: Brasil, México y Venezuela. Y los que tienen una muy alta tasa de homicidios y que por razones metodológicas se ubican en más de 31 por cada 100 mil/h., pero que en la práctica puede ser mucho más (Cuadro 2).

Cuadro 2

Clasificación de los países de américa latina por intensidad de la violencia (circa 2000)

Nivel de violencia	Tasas	Países
violencia baja	Menores de 10 homicidios por cada 100 mil habitantes	Argentina, Chile, Costa Rica, Uruguay, Paraguay
Violencia media	Entre 11 y 20 homicidios por cada 100 mil habitantes	Perú, Nicaragua, Ecuador, República Dominicana, Panamá, Honduras
Violencia alta	Entre 21 y 30 homicidios por cada 100 mil habitantes	Brasil, México, Venezuela
Violencia muy alta	Más de 31 homicidios por cada 100 mil habitantes	Colombia, El Salvador,

Fuente: Construcción propia sobre datos de OPS, 2003; WHO, 2002.

En el Cuadro 2 destacan los extremos, los que tienen una muy bajo número de homicidios y que se ubican en el Cono Sur del continente a los cuales se les añade de Centroamérica y de un modo excepcional Costa Rica. Estos países han tenido una tasa de homicidios entre 3 y 5 por cada 100 mil/h, y si bien sufrieron un importante incremento en la década de los noventa, como en Uruguay donde duplicaron los homicidios, las tasas resulta muy bajas en comparación con el resto de países.

En el otro extremo, la alta violencia, están países con unos conflictos sociales y políticos muy intensos y que han padecido de una guerra, como fue El Salvador, desde 1979 hasta la firma de los acuerdos de Chapultepec en 1992-, o que todavía la viven, como Colombia, donde se ha mantenido un conflicto armado entre cuatro ejércitos que se disputan el control del territorio: dos de guerrillas, uno paramilitar y el ejercito oficial del país. Sus tasas de homicidios pueden superan las 60 ó 100 víctimas por cada 100 mil/h.. Pero hay que destacar la mayoría de los homicidios en Colombia no son consecuencia directa de los enfrenamientos bélicos, sino de la violencia cotidiana. Sin embargo, no es posible saber cuántas de esas víctimas en El Salvador son efectos secundarios de la situación de guerra (Cruz, 2000) o de una acción militar encubierta o de bajo perfil en Colombia. Colombia tiene, ade-

más, el número más alto de secuestros en el mundo, se estimaba que en el año 2004 había más de 3 mil personas en cautiverio. Muchos secuestros culminan con la muerte de la víctima, y esas acciones son una combinación de guerrilla y delincuencia común, muy difícil de diferenciar.

En el medio de esos extremos se encuentran el resto de los países. El grupo constituido por Brasil, México y Venezuela ha tenido una creciente ola de violencia y homicidios. En estos países no hay conflictos políticos armados, así que la violencia es plenamente cotidiana, y esta asociada con el delito común y el tráfico de drogas, o con los conflictos emocionales que expresan sus odios y dolores con disparos.

Esta violencia es propiamente urbana, en el año 1997 Sao Paulo y Rio de Janeiro ocurrieron un promedio de 600 homicidios por mes (Pinheiro, 1998). Las tasas de homicidios de algunas ciudades pueden ser más del doble de la tasa nacional: para Río de Janeiro 102, para El Salvador 139, Caracas 52. En Cali, donde se ha realizado un esfuerzo notable y muchas citado como exitoso para disminuir la violencia, se mantiene una tasa de homicidios de 91 por cada 100 mil habitantes entre los años 2002 y 2004.

Ciertamente hay algunos reductos de violencia rural, pero son pocos. La población rural latinoamericana se ha estancado, en términos absolutos ni aumenta ni disminuye, y está en alrededor de 128 millones de habitantes y la pobreza rural si bien es más dramática no ha crecido tanto como la urbana. Hay la violencia rural tradicional y algunos conflictos políticos en las zonas campesinas, inclusive la guerrilla en Colombia o en México, pero la magnitud de homicidios que producen es insignificante en relación a las muertes que ocurren en centros urbanos.

Ciudades del derecho, ciudades del miedo

Las ciudades deben ser el lugar de los derechos y la seguridad. No debían ser el lugar de la muerte sino de la vida. La construcción del ser con derechos tuvo su origen en la ciudad, durante siglos las personas vieron la ciudad como el lugar donde encontrar un refugio ante la inseguridad de las zonas rurales y donde era posible conseguir derechos. La tradición griega hacia un sinónimo del ciudadano, como aquel que tenía derecho a vivir en la ciudad y tenía derechos para decidir el futuro político. Es decir, para ser ciudadano no solamente se requiere vivir en la ciudad, sino tener derechos para participar en la vida política

La ciudad es el lugar del intercambio, del mercado, pero también del orden y la norma, en las ciudades se estableció el control de los pesos y las medidas que regulaban las relaciones entre compradores y vendedores.

Pero también de la dominación, pues buena parte de ese orden debía imponerse y esto implicaba forzar al sometimiento

La ciudad es el lugar de la seguridad: hay un control de las personas, hay iluminación de los espacios, hay policía que resguarda las personas. La ciudad es el lugar de donde surge la ciudadanía: el vínculo entre iguales, sometidos a la ley, no a personas.

La ciudad es igualmente el lugar de la civilidad: de las buenas maneras, de la cortesía y la hipocresía, de todo aquello que por eso se llamó urbanidad.

En AL las ciudades representaron el refugio de una elite que tenía y ejercía los derechos, pero de la cual quedaban excluidos la inmensa mayoría de la población que habitaba en las zonas rurales, sometidas a condiciones semi-feudales de producción y a un poder político y social de carácter personal, controlado muchas veces por ejércitos privados que ejercían la voluntad de sus señores de un modo autoritario y personalista. Es la historia de los "caporales" o los "coroneles" de las zonas rurales donde muy poco se ejercía la ley de manera independiente. La migración a la ciudad representaba no solamente el sueño de una mejor vida material, sino también el de una vida con derechos, donde pudiera vivirse bajo el sometimiento a la ley y no a las personas.

Y a pesar de sus múltiples problemas aun lo son en países como Colombia, donde de miles de personas se han movilizado desde las zonas rurales hacia las ciudades huyendo de las arbitrariedades y horrores de la guerrilla y los paramilitares. Estos "desplazados", como los llaman en Colombia, suman ya cerca de tres millones de personas que han abandonando sus casas y pertenencias para ir a buscar refugio a las grandes ciudades: paz, seguridad, estado de derecho.

Las ciudades de AL fueron un lugar de esperanza para la seguridad y el derecho, y por eso entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX se produce esa gran movilización de personas hacia las zonas urbanas.

Pero a partir de los años ochenta la situación de violencia cambió de una manera importante en el mundo y las tasas de homicidios se duplicaron en la mayoría de los países. A nivel mundial se calcula que la tasa de homicidios por 100 mil/h pasó de 5,47 en el período de 1975-1979 a 8,86 en los años 1990-1994 (Buvinic & Morrison, 2000). En Venezuela subió de una tasa de 8 homicidios a comienzos de los ochenta a cerca de 25 a mitad de los noventa (Pérez Perdomo, 2004). En México a comienzos de los ochenta la tasa de homicidios era de 10,2 por cada 100 mil/h y para 1995 fue de 19,6, es decir hubo un incremento del 90% (Fundación Mexicana de la Salud, 1999) Y en Colombia la tasa de homicidios cambió de oscilar entre 20 y 40 homicidios por cada 100 mil/h en los años setenta a estar entre 70 y 90 en la década de los noventa (Rubio, 1999). Es decir, hubo un incremento en todos los países, con independencia de si previamente eran pocos o muy violentos.

Esta situación ha llevado a un sentimiento de inseguridad muy grande en las ciudades. El miedo se distribuye más igualitariamente que la seguridad real de la población, pues el papel de los medios de información, de la victimización vicaria y del rumor hace que los sentimientos puedan darse de manera bastante similar entre grupos victimizados y no victimizados. El temor muestra una sensación subjetiva, pero que tiene consecuencias prácticas porque las personas actúan como si fuese verdad. En el estudio multicéntrico auspiciado por la OPS en 1996 se formularon de manera optativa un grupo de preguntas sobre el sentimiento de inseguridad que sentían las personas en distintas zonas de la ciudad: la vivienda, la calle, los medios de transporte público. Los resultados mostraron (Cuadro 3) un muy alto sentimiento de inseguridad en los centros de las ciudades, inclusive en el caso de Madrid, que se usó como control de las comparaciones por ser una ciudad de muy baja criminalidad. Le sigue en orden de importancia el temor a ser víctima en los medios de transporte públicos. En Bahía, Brasil, fue donde mayor inseguridad sentían las personas en los medios de transporte público, pero en casi todas las ciudades de AL los autobuses se han convertido en una trampa donde fácilmente pueden ser asaltados los pasajeros y el conductor mientras el vehículo se desplaza. Los actos más cotidianos se vuelven una fuente de temor y amenaza para las personas.

Cuadro 3

Sentimiento de inseguridad (algo y muy inseguro)
en distintas zonas de la ciudad (1996-1997)

	Bahía, Brasil	Caracas, Venezuela	San José, Costa Rica	Santiago, Chile	Madrid, España
En la casa o apartamento	64,5	74,8	11,4	12,0	4,7
En las calles durante el día	—	74,6	29,0	18,3	12,1
En las calles durante la noche	—	83,9	51,0	41,6	47,7
En los medios de transporte	91,9	89,3	45,3	65,7	37,1
En el centro de la ciudad	—	91,1	81,3	71,3	47,2

Fuente: Construcción propia sobre la Encuesta Activa, OPS/ Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO.

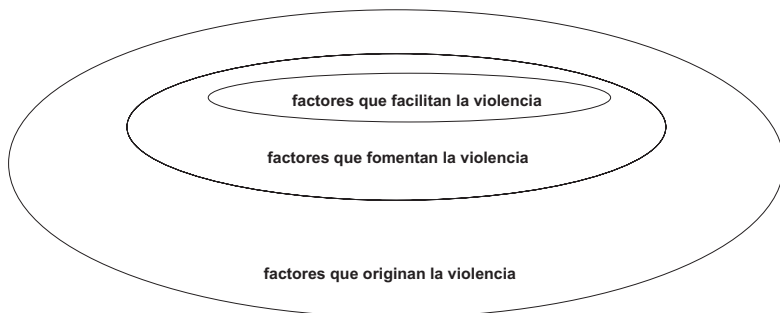
Las ciudades ya no son esa fuente de seguridad que se soñó. Y las madres de las decenas de miles de jóvenes anualmente asesinados, los habitantes temerosos de las ciudades se preguntan lo mismo: ¿por qué se incrementó tanto la violencia en los últimos veinte años?

Un modelo sociológico de explicación de la violencia

Para poder comprender la violencia presentaremos un conjunto de conjeturas sobre las distintas dimensiones del fenómeno, pero como se trata de variables de distinto nivel las hemos agrupado en un modelo sociológico que hemos desarrollado en el Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO) y que procura dar una explicación a la violencia actual de AL. Este modelo no pretende ser exhaustivo, sino colocar las condiciones sociales y psicosociales que consideramos relevantes para la sociología comprensiva y por lo tanto se diferencia de las propuestas de explicación propiamente individuales, como las de de la agresión Bandura (1986), o las de tipo ecológico (Moser, 1998), de carácter económico (Rubio, 1999) y por supuesto la de la criminología clásica y la teoría de la desviación, aunque reconoce su contribución y comparte algunos aspectos con todas ellas.

Esta propuesta no es un modelo para explicaciones universales, pues nos parece que es imposible interpretar de igual modo la violencia de la antigua Grecia, la expresada en la Segunda Guerra Mundial, la del crimen de un amante engañado o la de unos asesinatos en serie. Cada uno de estos fenómenos requiere de explicaciones singulares y únicas, pues la ciencia no puede ofrecer sino conjeturas sobre particulares que nunca llegarán a ser universales (Popper, 1977, Boudon, 1979)

El modelo sociológico procura trabajar con dos instancias de la vida social: *la situacional*, que se refiere tanto a condiciones generales de la sociedad como a circunstancias específicas –físicas del medio o sociales de los otros actores– que se le imponen al individuo como referencias obligantes al momento de tomar sus decisiones. Y *la cultural*, que se encuentra fuera de la situación, le antecede en el tiempo y se le impone a los individuos en el aprendizaje social y le marcan la manera cómo va a interpretar las señales que le envía la situación (el medio o los otros actores) y cómo podrán decidir el curso de su acción (Briceño-León, 1997).



El propósito de este modelo es formular conjeturas (Popper, 1979) sobre las dos dimensiones de lo social –situacional y cultural– para que, como hipótesis de verdad, permitan comprender (Weber, 1977) lo que sucede en una realidad social determinada. Y, siendo optimistas, permita quizá también proponer una adecuada intervención.

El modelo tiene tres dimensiones que representan tres niveles distintos de explicación. Hay un nivel de tipo estructural, que se refiere a procesos sociales de carácter macro y con una génesis y permanencia en el tiempo de más larga duración. A este nivel lo llamamos los factores que originan la violencia, pues su carácter estructural tiene una impronta inevitable en el conjunto de la sociedad, lo que hace que tenga un efecto generalizado y difuso. Por lo tanto no es fácil realizar asociaciones inmediatas con las variables de este nivel, pero determina una transformación en la sociedad que si bien crea las bases para un comportamiento violento, no decide que ocurra necesariamente. Por sus características estas circunstancias son las más difíciles de alterar, pero, quizá por ello, son las más relevantes como causas primeras.

El segundo nivel, se encuentran aspectos mezo-sociales, con una rai-gambre estructural menor y por lo tanto donde la situación y la cultura tienen un efecto más inmediato en el comportamiento. Su modificación es más sencilla que la anterior y pueden ser una causa estimulante y propiciadora de la violencia. El nivel de libertad de los individuos frente a estos factores es mucho mayor que en el caso anterior

En el tercer nivel presentamos factores micro-sociales también, pero que tienen un carecer más individual y que no pueden ser considerados como causas, sino simplemente como acompañantes y facilitadores del pasaje al acto violento o como responsables de la letalidad de una acción. Las conexiones aquí son más inmediatas y las asociaciones son más fáciles de establecer, pero indican siempre más asociación que causalidad.

El nivel macro-social: los factores que originan la violencia

Al nivel macro-social postulamos cinco +tipos de factores: dos de tipo situacional: el incremento de la desigualdad urbana y el aumento de la educación y el desempleo. Dos de tipo bisagra como son el incremento de las aspiraciones y la imposibilidad de satisfacerlas y los cambios en la familia. Y uno de tipo cultural como es la pérdida de vigor como controlador social de la religión católica.

En la ciudad hay más riqueza y más pobreza

En América Latina la distancia entre los pobres y los ricos es la más grande del mundo. En otros continentes, como África, hay más pobreza,

pero no hay tanta riqueza. En Europa, por el contrario, hay mucha más riqueza, pero no hay tanta pobreza. Lo singular de AL es la presencia de ambos componentes: hay más pobreza y más riqueza. Y por lo tanto hay más desigualdad que si todos fueran ricos o pobres.

Cuando se revisan con atención los datos sobre distribución de la riqueza entre el grupo más pobre y el grupo más rico en los países desarrollados y en América Latina (Cuadro 4), se puede notar que la parte que reciben los pobres es muy similar mientras que la porción que toma el 10% más rico en AL es muy superior a la que recibe el mismo grupo en los países desarrollados. La desigualdad está pautada por lo que recibe el grupo más rico, no el grupo más pobre. Y esto es así en todos los países de AL. Por supuesto que hay diferencias entre los países: en Brasil el 10% más rico recibe el 45% de la riqueza, en Uruguay es el 27,3%; pero aunque menor el porcentaje es todavía muy alto en este último país. Por otra parte, en todos los países, el 10% más pobre recibe menos del 2% de la riqueza (BID, 2004).

Cuadro 4
Distribución de la riqueza en AL y Países Desarrollados

	América Latina	Países Desarrollados
El 10% más rico	48	29
El 10% más pobre	1,6	2,5

Fuente: BID, 2004.

Esta situación se ha modificado en el tiempo y, lamentablemente no para bien. Esto se puede observar tanto si se utiliza la polarización extrema del ingreso: con el 1% más pobre y el 1% más rico; como si se calcula con el 25% de ambos grupos. Londoño y Szekely (1997) calcularon la razón (Van Roy: ratio) de la distribución del ingreso entre el quintil (25%) más pobre y el quintil más rico utilizando la curva de Lorenz y encontraron importantes modificaciones. Para 1970 la razón era de 22,9, pero hubo una mejoría en la distribución del ingreso en esa década que llevó a un descenso de la razón hasta 1982 cuando se ubicó en 18,0. De allí en adelante comienza un deterioro de la situación de desigualdad que llevó en 1990 ese indicador al mismo nivel de veinte años atrás: 22,9; y luego empeora hasta alcanzar el 24,4 en el año 1995. En 1970 el promedio de ingreso del 1% de población más pobre fue de US\$ 112, esta cifra asciende en 1995 a US \$ 159, es decir los pobres mejoraron sus ingresos reales medidos en dólares de 1985. Pero en esos mismos años el 1% más rico pasó en su ingreso promedio de US \$ 40.711 a US \$ 66,363. Esto significa que el ingreso de los más ricos era en

1970 era 363 veces superior al del grupo más pobre, pero en 1995 se incrementó la brecha y fue 417 veces más grande. Lo que cambia no es la pobreza, sino la desigualdad.

Buena parte de los cambios con la violencia puede una vincularlos con las transformaciones de América Latina, pues, durante la década de los ochenta, no sólo hubo estagnación, sino además un incremento de la desigualdad que se reflejó en el nivel de vida de las personas, pero fundamentalmente en un aumento de la pobreza en las zonas urbanas. Dos aspectos uno puede destacar al respecto. Si bien en las zonas rurales hay un porcentaje mayor de pobreza moderada y extrema que en las ciudades (38% frente a 62% y 13.5 frente a 38%), esto no ha representado grandes cambios pues entre 1980 y 2002 los porcentajes no subieron de manera tan grande en el campo como en las ciudades, ni ha representado un incremento en el número absoluto de personas tan importante como en las zonas urbanas, pues la población rural se ha mantenido relativamente estable durante este período.

Como puede observarse en el Cuadro 5 el porcentaje de población pobre o indigente creció entre 1980 y 1990, y luego disminuyó entre esa fecha y el año 2002 para todos los grupos rurales y urbanos. Sin embargo, en 1980 había 73 millones de pobres en las zonas rurales que aumentaron a 74,8 millones en el 2002, es decir dos millones más de pobres en el campo. Pero en las ciudades había 136 millones en 1980 y crecieron a 221 millones en el año 2002, es decir 85 millones de nuevos pobres viviendo en las ciudades. Igual sucede con la pobreza extrema, para esas mismas fechas se incrementaron 6 millones en el campo y 29 millones en las urbes.

Cuadro 5

América Latina: Pobreza Moderada y Extrema por zonas Urbana y Rural

	Pobreza Moderada				Pobreza Extrema			
	Urbana		Rural		Urbana		Rural	
	millones	%	millones	%	millones	%	millones	%
1980	135.9	29.8	73.0	59.9	22.5	10.6	39.9	32.7
1990	200.2	41.4	78.5	65.4	45.0	15.3	48.4	40.4
2002	221.4	38.4	74.8	61.8	51.6	13.5	45.8	37.9
Incremento 1980-2002	85.5	8.6	1.8	1.9	29.1	2.9	5.9	5.2

Fuente: Construcción propia sobre datos de la CEPAL (2004), cuadros I.2 y I.3

El punto a destacar en relación a la violencia nos parece entonces que es la pobreza e indigencia urbana, por las magnitudes que están implicadas y porque la desocupación es un asunto propiamente urbano. El desempleo es muy bajo en las zonas rurales ya que las personas siempre pueden dedicarse a las actividades agrícolas. Por eso, como muestra el Cuadro 6, hay una diferencia importante entre tres grupos de países de la región que muestran condiciones distintas en pobreza y nivel de urbanización y magnitud de la violencia. En los grupos 1 y 3 hay una violencia que, medida en tasa de homicidios, podemos considerarla como baja, pero la razones que producen esa situación nos parecen que son distintas en cada caso.

Cuadro 6

América Latina: Hogares en situación de Pobreza, Población Urbana y Homicidios

Nivel de violencia	Países	Tasa de Pobreza (hogares)	Porcentaje de Población Urbana	Tasa de Homicidios por 100000
Grupo 1 Violencia Baja	Uruguay	9.3	93	4.4
	Chile	15.4	87	5.4
	Costa Rica	18.6	59	9.3
Grupo 2 Violencia Alta o muy alta	Brasil	29.9	81	23.0
	Argentina	31.6	89	9.9
	México	31.8	75	19.6
	Perú	42.3	72	11.5
	Ecuador	42.6	61	15.3
	El Salvador	42.9	58	55.6
	Venezuela	43.3	87	35.0
	Colombia	48.7	71	61.6
Grupo 3 Violencia Baja	Paraguay	52.0	54	12.6
	Guatemala	52.3	39	—
	Bolivia	55.5	63	—
	Nicaragua	62.9	58	8.4
	Honduras	70.9	47	9.4

Fuente: Construcción Propia sobre datos del Population Reference Bureau (2004), CEPAL (2004). WHO (2002), OPS (1996) Londoño y Guerrero (1999), Fundación Mexicana de la Salud (1999), Lederman (1999), Buvinic, Morrison y Shifter (2000). Datos de pobreza Perú 1999; Brasil, El Salvador, Paraguay y Nicaragua 2001; Chile 2003, los demás 2002. Datos de población circa 2000. Datos homicidios entre 1994 y 1999.

En el primer grupo sostenemos que hay poca violencia porque en esas naciones hay bajo nivel de pobreza y alta urbanización. La excepción a esta afirmación es Costa Rica, pues no tiene un alto porcentaje de población urbana, pero que es un país muy singular en Centro América, ya que ha tenido unos mecanismos de control social muy singulares y es el único país en AL que desde hace varias décadas eliminó el ejército.

En el tercer grupo los niveles de pobreza son los más altos de la región, pero es una pobreza rural pues son países de baja urbanización. Honduras que es el país de mayor pobreza de los considerados en este análisis tiene menos de la mitad de su población viviendo en ciudades.

Entonces la tesis que postulamos es que violencia se concentra en los países del cuadro central del cuadro 6 donde hay alta pobreza y alta urbanización, es decir donde hay pobreza urbana. Una excepción en ese grupo es Argentina, pues es un país con baja tasa de homicidios. La explicación creemos que se encuentra en que ha sido históricamente un país con baja pobreza y con una amplia clase media, pero los datos que se muestran en el cuadro son el producto de la crisis del país que, con una deuda de 132 mil millones de dólares, entró en recesión desde 1998 y llegó a su punto más álgido de la crisis con el control de los depósitos bancarios de los ahorristas, las protestas de la clase media del 20 de diciembre del 2001 y la declaración de la suspensión de pagos de fin de ese año. Pareciera que el comportamiento de la violencia en Argentina tenderá a parecerse cada vez más a lo que sucede en Brasil o México, que a lo que acontece en Chile, y por lo tanto nos parece que sí debe permanecer en el grupo central de esta clasificación. De la situación real de los homicidios en Guatemala y Bolivia no existe información confiable.

Más educación, pero menos empleo

Las ciudades han ofrecido un mayor acceso a la educación a grandes capas de la población de América Latina. La educación en las zonas rurales siempre ha sido más dificultosa, tanto por la utilización de la mano de obra infantil y juvenil en las tareas agrícolas de la familia, como por la escasez o distancia de las escuelas. En las zonas urbanas la educación ha sido diferente y a pesar de las múltiples limitaciones, para fines del Siglo XX, un 86% de los jóvenes entre 15 y 29 años había logrado concluir estudios de primaria y un 26% entre los 20 y 24 años había completado secundaria.

Pero esta mejoría educativa no le ha representado a los jóvenes unas mejores oportunidades para conseguir empleo ni ascender socialmente. Según la ILO (2004) la tasa de desempleo juvenil a nivel mundial es entre dos y tres veces superior a la de los adultos. En América Latina la tasa de desempleo entre los adultos disminuyó hacia fines de los noventa y para el año 2003 se

estimaba en un 6,7%; pero, entre los jóvenes, la situación es muy diferente pues ha aumentado y fue del 15,7%, mas del doble, para ese mismo año.

Pero este desempleo juvenil tiene algunas singularidades, pues se comporta como una curva estadística normal, pero invertida, es decir, hay mayores posibilidades de tener empleo en los grupos que tienen muy poca o bastante educación. Los de mayor educación porque están más capacitados y llegaron a la universidad; los de menor educación porque habitan en el campo, donde hay menos desempleo como categoría social, o se emplean en faenas pesadas de trabajo y con sueldos muy bajos, que rechazan los que tienen algo de educación. Pero es ese grupo que tiene entre 15 y 24 años y ha estudiado entre siete y doce años el que sufre de mayor desempleo en la región. Y es también el grupo que padece y actúa con más violencia.

Se estima que en el mundo cada día son asesinados 565 jóvenes de entre 10 y 29 años. En el año 2000 murieron 199 000 jóvenes víctimas de la violencia, para un tasa de homicidios de 9,2 por 100mil/h. Una muy importante porción de esa cifra la aporta América Latina. La tasa mundial tiene importantes variaciones entre las regiones, pues son de menos de 1 homicidios por 100mil/h en los países de Europa, 11 por 100mil/h en los Estados Unidos, 17,6 por 100mil/h en África y 34,6 por 100mil/h en América Latina. De lejos la violencia juvenil es un problema de América Latina. Las tasas más altas a nivel mundial las presentan los países de la región: Colombia con 84,4, El Salvador con 50,2, Brasil 32,5, Venezuela 25, México 15,3 homicidios por 100mil/h (WHO, 2002).

La violencia es un asunto de jóvenes. Se estima que el 28,7% de todos los homicidios que ocurren en América Latina tienen como víctimas jóvenes de entre 10 a 19 años de edad (BID, 2002). Pero, ¿por qué afecta de manera especial a este grupo etáreo? Hay varias razones, pero por ahora quisiéramos destacar una que se corresponde con esa edad difícil de la adolescencia y se complica con las condiciones sociales de la región. En la antigüedad se definían como tres las edades de las personas: niñez, adultez y vejez. La adolescencia no existía. Fue hasta tiempos muy cercanos que apareció esta categoría para designar un momento de cambios en la biología del individuo, pero también para representar los cambios de rol que le estaba asignando la sociedad. Un adolescente no es un niño, pero tampoco un adulto. Tiene condiciones físicas para trabajar, pero las leyes se lo prohíben hasta cumplir la mayoría de edad legal del país; tiene condiciones físicas para la reproducción, pero tienen prohibida la sexualidad. Se presume que deben estudiar hasta llegar a la edad de trabajar, pero no tienen las escuelas o son expulsados del sistema educativo. Esa imprecisa e inadecuada inserción social de los adolescentes es una de las fuentes importantes de violencia, esa incapacidad de hacer coincidir los roles prescritos y proscritos para ese grupo de edad.

La violencia juvenil ocurre de una manera muy especial al iniciarse la adolescencia alrededor de los 13 años edad. Es el momento en el cual el joven comienza a tener pretensiones de adulto pero muy pocas capacidades sociales de comportarse como tal. En esa edad comienzan a interesarse por las mujeres, pero las jóvenes de su misma edad buscan a los hombres adultos y las menores son unas niñas. Es una edad cuando comienzan las dificultades de los estudios, en el 7° u 8° año de educación, y muchos abandonan la escuela, pero no tienen edad legal ni preparación técnica para trabajar. Ese es un grupo de jóvenes que ni estudia ni trabaja y que está en gran riesgo de caer en la violencia.

Como puede observarse en el Cuadro 7, en toda la región hay un 12% de los jóvenes se encuentra en esa situación de no tener trabajo y tampoco asistir a la escuela. Y ¿qué puede hacer un joven de 15 ó 18 años que no trabaja ni estudia? Además, la gran mayoría de ellos tampoco vive en familias con condiciones económicas holgadas que puedan mantenerlos y ofrecerles recursos para que puedan satisfacer sus necesidades. Se podrá decir, pero es apenas una décima parte de la población. Es cierto, pero en América Latina hay alrededor de 58 millones de jóvenes pobres, de los cuales 21 millones están en condiciones de pobreza extrema. Si asumimos que el 90% de ellos son unos santos varones, que el proceso de socialización de los valores fue en extremos positivo y que nunca estarían tentados por el mal, nos queda todavía un 10% de jóvenes en riesgo de la criminalidad. Y ese porcentaje representa, en el mejor de los casos, un total 580 mil jóvenes pobres o 210 mil jóvenes en pobreza extrema susceptibles del delito y la violencia. Un número superior al que ya e encuentra llenando las cárceles de América Latina.

Cuadro 7

América Latina: situación ocupacional de los Jóvenes

	Trabaja y Estudia	Sólo trabaja	Sólo Estudia	Ni trabaja ni estudia	Oficios domésticos
Hombres	52.7	10.9	22.2	12.3	1.9
Mujeres	28.3	7.8	24.3	14.1	25.6

Más aspiraciones, pero menos capacidad de satisfacerlas

Pero estos jóvenes que se encuentran fuera del mercado de trabajo y del sistema escolar no tienen menos expectativas ni sueños que los demás. Sus aspiraciones son las mismas que las que muestran los demás jóvenes con estudios y buenos ingresos, pues la cultura de masas logró hacerles llegar las mismas ambiciones que a todos los demás.

Durante los años cuarenta del siglo pasado, la sociología de la modernización resaltaba con gran énfasis la importancia de la “revolución de las expectativas”, se decía que cuando las personas de América latina y del medio rural, que vivían en una sociedad tradicional pudieran entrar en contacto con la ciudad y la modernidad, iban a cambiar sus expectativas y al soñar con una vida mejor, representada por un mayor y mejor consumo, se romperían las ataduras del conformismo que inmovilizaban a la sociedad y se despartarían las fuerzas sociales que empujarían el “take-off” del desarrollo (Germani, 1961).

EL proceso efectivamente ocurrió en América Latina. La migración rural-urbana, que condujo a la ciudad a millones de inmigrantes, cambió sus expectativas, las agigantó e igualó a las del resto de la sociedad. Pero, paradójicamente, la misma sociedad les cerró los caminos para poder satisfacerlas. En AL nos encontramos con una asimetría entre la homogeneidad en las aspiraciones y la heterogeneidad en la capacidad de colmarlas. Somos terriblemente iguales en lo que deseamos y espantosamente desiguales en nuestras posibilidades reales de lograrlo.

La primera generación que llegó a las ciudades pudo vivir gran parte de los sueños que traían: un hospital accesible, una escuela cercana para los niños, luz eléctrica, un refrigerador y una televisión en la casa... Nada de eso tenían en su lugar de origen, y obtenerlo significó para ellos un cambio importante en sus vidas. Pero sus hijos nacieron en un mundo con hospitales, escuelas, refrigeradores y televisores. Para los jóvenes esos logros no significan nada. Sus hijos nacieron en un mundo donde la cultura de masas les impuso nuevas, y quizá más superficiales, metas de consumo. Un joven de familia clase media, que se prepara para ingresar a la universidad, y uno de familia pobre y desempleado tienen los mismos gustos y los mismos antojos. La urbanización y la televisión democratizaron las expectativas. En 1980 habían en AL 98 televisores por cada mil habitantes, para 1997 la cantidad de receptores de televisión se había duplicado y alcanzó a 205 por cada mil habitantes (UNESCO, 1999). Pero los zapatos “Niké” o “Reebok” de última moda que anuncia la televisión son inalcanzables para un joven de una *favela* de Río de Janeiro, una comuna de Medellín o una colonia de Ciudad de México. Los ciento cincuenta dólares que pueden costar unos zapatos de marca son más que el salario que durante un mes de trabajo ganan la mayoría de los jóvenes de la región.

Los jóvenes no sólo tienen dificultades para encontrar un empleo, sino que cuando lo obtienen ganan un salario menor que los adultos. Según la ILO (2004) el 93% de los trabajos disponibles para los jóvenes en el mundo se encuentran en el sector informal y allí ganan un 44% de lo que ganarían en el sector formal y la CEPAL (2004) afirma que, en promedio, el ingreso de los

jóvenes de 15 a 19 años es un tercio del salario de los adultos y los que están entre 20 y 24 años reciben poco más de la mitad de lo que le pagan en promedio a los adultos.

Esta asimetría entre expectativas y logros plantea un drama clásico de la sociología (Merton, 1975), pues como los caminos prescritos por la sociedad: empleo, esfuerzo y ahorro, no permiten alcanzar los fines, muchos jóvenes asumen los caminos proscritos de la violencia como un medio para arrebatar lo que no se puede formalmente alcanzar. Un joven, vendedor de drogas en Caracas, decía orgulloso durante una entrevista en la prisión de menores de edad, que él ganaba en un viernes por la noche, más que sus vecinos cargando bultos durante un mes. Y añadía, con petulancia, que él no había nacido para pobre, pues –como decía la canción mexicana– le gustaba todo lo bueno.

Menor control social por la familia

Una de las mayores fuerzas de contención de la violencia es la familia, pues incorpora a la persona en un mundo regido por normas y con límites. La familia enseña al niño la diferencia entre lo permitido y lo prohibido, lo inicia en los premios y castigos, y lo introduce, a partir de la regla primera de prohibición del incesto, en ese pacto simbólico que es la ley (Levi-Strauss, 1964; Lacan, 1976). La influencia de la familia es tanto originaria y pasada como situacional y presente. Pasada pues es la base de la formación del individuo, y presente pues es el contexto de interacción social cercano que puede regular y modular los comportamientos. Por eso los cambios que han ocurrido en la familia en AL tienen un impacto importante en las conductas violentas de los individuos.

La familia ha perdido fuerza en sus dos funciones de control social por las transformaciones que ha venido sufriendo en las últimas décadas. Como puede observarse en el Cuadro 8, la familia clásica donde hay un padre que trabaja, una madre que permanece en la casa encargada del hogar y cuidando a los hijos, disminuyó en un 10% en la década final del Siglo XX. El cambio ocurre por la salida al trabajo de la mujeres que han culminado estudios y desean una carreta laboral que las satisfaga como personas e independencia financiera. Pero también porque la disminución de los ingresos del hombre han obligado a sus parejas a salir a buscar un salario adicional para el hogar. En esas condiciones la socialización y el control social de los hijos se han visto seriamente comprometida, sobre todo porque la vida urbana ha limitado la presencia de los abuelos en muchas familias, y en consecuencia los hijos deben permanecer solos durante muchas horas del día.

Cuadro 8
 Tipos de familias nucleares urbanas

Tipo de familia	1990	2002
Familia Biparental		
Cónyuge no trabaja	46.2	36.2
Cónyuge trabaja	27.0	32.9
Total biparental	73.2	69.1
Familia monoparental		
Jefe mujer que trabaja	8.0	10.3
Jefe mujer que no trabaja	5.4	5.7
Con jefe hombre	2.1	2.5
Total monoparental	15.5	18.5

Fuente: Construcción propia sobre datos de Celade (2004).

Adicionalmente y como puede observarse en el cuadro 8, hay un incremento de los hogares monoparentales, lo cual es producto de la ruptura de las relaciones de pareja, sea por el incremento del divorcio en las parejas legalmente constituidas, como ha ocurrido en todos los países de la región, sea por la disolución o no consolidación de las parejas consensuales. Para el año 2002, el 16% de las familias de AL tenían como jefe de hogar una mujer y el 37% de ellas eran pobres. Ese porcentaje varía entre los países: en Colombia el 46% de los familias monoparentales con jefe de hogar mujer son pobres, el 48% en Ecuador, el 44% en Argentina, el 32% en Brasil, el 27% en México. De cada tres familias monoparentales, dos tienen un padre o una madre que sale a trabajar, entonces, si en esas familias no hay abuela u otro familiar disponible para ocuparse de los hijos, éstos quedan solos entre la casa y la calle y, en muchos casos, bajo el cuidado de una hermana "mayor" que, como hemos observado múltiples veces, no pasan tampoco de los 10 años de edad y ya tienen la responsabilidad de cocinar y cuidar de sus hermanos menores.

Este precario control social por parte de la familia tiene múltiples consecuencias, pero una de las más inmediatas es colocar a los jóvenes en la calle a disposición de los delincuentes profesionales. Pero las familias tampoco tienen mucho poder para controlar la acción delictiva o violenta de los jóvenes. A un joven de 17 años, que se encontraba preso en Caracas por robos y dos asesinatos, le preguntamos qué decía su mamá cuando dos años antes le había empezado a regalar dinero: "al comienzo me preguntó de dónde lo había sacado -respondió-, pero luego no decía nada, ¿qué iba a hacer?, necesitaba el dinero; otras veces se ponía a llorar, pero lo recibía".

Menos fuerza de la religión

Las religiones han representado siempre un importante instrumento para regular el comportamiento de los individuos. El quinto mandamiento de la tradición judeocristiana es una prueba irrefutable de ello: No matarás es una orden contundente. Cuántas de esas ordenes son obedecidas por las personas, inclusive por los más religiosos, es un asunto del tiempo y el momento, es decir, de la historia en la cual se toman las decisiones y aplican las normas, pues hasta el vaticano tuvo pena de muerte.

En AL la religión católica ha perdido mucha fuerza en su capacidad de incidir en la vida cotidiana de los individuos. La religión permanece y al menos un 70% de la población sigue siendo católica y cumple con los ritos fundamentales de la existencia humana: el bautizo al nacer, el matrimonio religioso y los ritos de la muerte. Pero muy poco puede decirse de su incidencia en el comportamiento cotidiano de las personas más allá de las grandes orientaciones que dirigen la vida. Algo muy distinto ocurre con los protestantes y evangélicos que han tenido un importante crecimiento en toda la región, pues, en su caso, sí hay un control muy grande sobre el comportamiento individual: el consumo de alcohol o tabaco, el uso de expresiones vulgares en el lenguaje, los ritos diarios de culto o lectura, las contribuciones financieras a la iglesia y los comportamientos violentos. Los tipos de control y la rigurosidad en su cumplimiento varían entre un culto y otro y de un país al siguiente, pero en general tienen más fuerza impositiva que los católicos.

En la encuesta Activa que auspició la OPS en siete ciudades de AL intentamos establecer una correlación entre tipo de religión y actitudes violentas y sólo se encontró significación en Río de Janeiro donde los protestantes manifestaron unas actitudes de rechazo a la violencia superior a los católicos. En Caracas encontramos que los cristianos no católicos tenían mayor rechazo a las acciones extrajudiciales de la policía que los católicos y los no creyentes eran quienes significativamente las aprobaban (Briceño-León et alts, 2002) De una manera distinta funcionó la asistencia al culto, pues aquellos que practicaban un culto con regularidad eran menos violentos que quienes nunca lo hacían. En un estudio reciente llevado a cabo por LACSO en Caracas, se encontró que al utilizar la técnica del "data mining" para analizar los datos de una encuesta sobre actitudes violentas llevada a cabo en el 2004, que el nodo primario que dividía los datos era la religión de los individuos, es decir, si eran religiosos o no, sin importar de cuál religión se tratara.

Cuando le preguntamos a los jóvenes violentos sobre la religión y si no pensaban que su actuar era "pecado", respondían con resignación que sí lo era. Pero parece que la moral religiosa y la acción se encuentran en dos registros distintos. Matar a alguien no está bien, pero se hace; y las justificaciones pueden ser muchas y una muy poderosa es la autodefensa y la creencia que,

si no matan a otros, ya están muertos ellos mismos. Para muchos individuos la religión dejó de ser una fuerza inhibitora de la violencia y no fue substituida por una moral laica que, soportada en la ley civil, pudiera disuadir los comportamientos asesinos.

Los factores que fomentan la violencia

El segundo rango de factores es de tipo mezo-social, se refieren a situaciones específicas que contribuyen al incremento de la violencia por empujar un tipo de comportamiento que la exagera. En nuestra opinión son tres los importantes: dos de carácter situacional: la segregación urbana que produce ciudades divididas y el mercado local de la droga; y una de tipo cultural: la masculinidad.

La segregación y densidad urbana

Las ciudades de AL tuvieron un muy lento crecimiento hasta bien entrado el siglo XX y su expansión ocurría bajo un patrón que agregaba nuevos territorios en los bordes de la ciudad. En las afueras de la ciudad se ubicaban los terrenos de menor valor y sin servicios, donde construían sus casas los trabajadores urbanos y los pobres recién llegados a la urbe, como eran también las zonas que habitaban las personas menos educadas pasaron a caracterizar un tipo social de comportamiento que, en varios países y en español, se llamo el "*orillero*", y que era sinónimo de un comportamiento tosco y de poca urbanidad. Pero la migración hacia las ciudades hizo que el crecimiento secundario de las orillas se convirtiera en un factor principal de la vida urbana. Las favelas en Brasil, las comunas en Colombia, los barrios en Venezuela o, los pueblos jóvenes en Perú, pasaron a ser un componente esencial de las ciudades, a veces de mayor tamaño que la ciudad formal, aunque las autoridades urbanas no los quisieran reconocer como tales.

La presencia de estos nuevos grupos sociales ocupando un territorio urbano ha sido interpretada de múltiples maneras, pero todas muestran, con sus marcos teóricos disímiles, la unión y separación entre la ciudad formal y la informal, entre la legal y la ilegal, la planificada y la no-planificada. A mediados de los años cincuenta unos autores usando la teoría de la modernización consideraron que estas zonas era un rezago de la ruralidad y de la tradición que se había instalado en las urbes modernas (Germani, 1961); otros autores, con las categorías marxistas, estimaron que allí habitaba un "ejército industrial de reserva" o una "superpoblación relativa" (Nun, 1969, Murmis 1969). Para otros eran dos circuitos urbanos que funcionaban de manera diferente y que en algunos puntos se integraban (Santos, 1973). Pero todos intentaban explicar un fenómeno que aún llama la atención como fue un proceso de urbanización novedoso que, a diferencia de Europa, no estuvo precedido ni tampoco acompañado por la industrialización de la ciudad. Fue ur-

banización sin industrialización. Esto implicaba que muchos de los nuevos habitantes urbanos tuvieran muchas dificultades para encontrar tanto un empleo como un lugar dónde vivir. Y como la sociedad no podía ofrecer una respuesta, ellos mismos la encontraron: buscaron entre los intersticios de la propiedad de la tierra un espacio que hubiese dejado la urbanización formal y allí procedieron a construir su vivienda; y se emplearon a sí mismos en lo que hoy llamamos sector informal.

Durante varias décadas así crecieron las ciudades de América Latina y en esa otra ciudad ha llegado a vivir entre el 30% y el 80% de la población urbana. Los esfuerzos de sus pobladores por hacer su ciudad fue muy grande, como ellos mismos lo cuentan en hermosas historias de todos los países (Bolívar, 1995). Hasta los años ochenta, su crecimiento significó siempre una consolidación sistemática de la vivienda y de su entorno físico. Un visitante podía confundirse al encontrar las casas en un estado precario y pleno de necesidades y pensar que estaban deterioradas (como lo pensó alguna sociología de influencia norteamericana), pero no era así, pues cada año eran mejores: se sustituían los materiales frágiles de las paredes y los techos por unos sólidos y duraderos, se obtenían los servicios de agua y luz eléctrica, se construían las calles o escaleras. El tiempo que podía durar esa transformación variaba de un país a otro: en los años sesenta la transformación de una casa podía tomarle cinco años a un habitante de Caracas y diez a otro de Lima. Los ingresos familiares en esas ciudades eran muy distintos, pero, en todos, había una sensación de vivir cada día mejor.

Esa situación cambió. Para comienzos de los años setenta el 36% de la población urbana de AL vivía en pobreza, esta cifra aumentó al 60% a comienzos de los años noventa, y eso a pesar que la tasa de urbanización se había desacelerado de manera importante (Brockhoff, 2000). Este incremento de la pobreza urbana ha tenido tres impactos que quisiera destacar como fomentadores de la violencia. Por un lado las viviendas que antes estaban en continua mejoría han comenzado a deteriorarse y la sensación ya dejó de ser la de estar cada vez mejor y fue substituida por ese amargo sentimiento de estar cada vez peor. Esto se relaciona por un lado con el envejecimiento de la estructura física de las casas, pues, luego de treinta o cuarenta años, ameritan un mantenimiento que sus habitantes tienen mucha dificultad de llevar a cabo por la disminución de sus ingresos. En segundo lugar se ha dado un incremento en la densidad poblacional de las zonas de bajos ingresos, esto se debe al crecimiento demográfico natural, pues en esos mismos lotes de terreno viven los hijos y los nietos de los primeros ocupantes y, para poder ofrecerles un lugar donde vivir, se ocupan los espacios que quedaban vacíos: el patio, los retiros de la casa vecina; y cuando ya no se puede más, se construye un segundo y hasta séptimo piso en el terreno donde antes hubo una precaria y modesta vivienda (Bolívar y Rosas, 1994). En Caracas hemos calculado que en algunos

barrios de bajos ingresos (Los Erasos) hay una densidad mayor que en la zona con los edificios residenciales más altos de la ciudad (Parque Central). En una perspectiva ecológica podemos decir que esa alta densidad es motivo de conflictos permanente entre las personas, tanto por las agresiones que aparecen cuando hay mucha gente y pocas normas de convivencia efectivas, pero también, y este sería el tercer factor, por el hecho que ese urbanismo no planificado y su posterior densificación produce territorios tortuosos que son de fácil control de las bandas criminales y muy difíciles para la eficaz y segura actuación de la policía (Bell, 1964). Algo similar ocurría en las ciudades medievales, y por eso las grandes avenidas y las diagonales de París fueron construidas por el barón Haussman después de la revuelta de la comuna para que el ejército prusiano pudiera desplazarse y tomar control de las distintas zonas, evitando las callejuelas irregulares del urbanismo espontáneo.

La cultura de la masculinidad:

La violencia es un asunto de hombres. Los hombres la ejercen y los hombres la sufren. En el mundo la tasa de homicidios de los hombres es entre tres y cinco veces más que las mujeres. Hasta los 14 años no hay diferencias entre los sexos, pero a partir de los 15 años, cuando se definen más las conductas de género, y hasta los 44 años, la diferencia se hace abismal, pues los hombres tienen una tasa cinco veces superior: 19 homicidios por cada 100 mil/h, en varones y 4 por cada 100 mil/h., en las mujeres (WHO, 2002).

En América Latina la situación es aún peor. En Colombia, El Salvador y Venezuela la probabilidad que un hombre muera asesinado es 12 veces mayor que la mujer, en Ecuador 11 veces, en Brasil 10 veces. Y algo similar ocurre en los países con bajas tasas de homicidios como Chile o Costa donde la probabilidad es 6 veces mayor en hombres que en mujeres (Cuadro 9).

Cuadro 9

América Latina: Tasas de homicidios por Sexo en países seleccionados

	Hombres	Mujeres
Colombia 1995	116.8	9.0
El Salvador 1993	108.4	8.4
Brasil 1995	42.5	4.1
Venezuela 1994	29.7	2.3
México 1997	29.6	3.1
Ecuador 1996	28.2	2.5
Costa Rica 1995	9.3	1.4
Chile 1994	5.4	0.8

Fuente: Construcción propia sobre datos de WHO (2002).

¿Por qué ocurre esta diferencia de género tan marcada? Pensamos que hay una cultura de la masculinidad que favorece las actuaciones violentas y la exposición al riesgo de la violencia. Y esta cultura existe, como en todas las relaciones de género, como una marcación de diferencia con lo que se considera es la cultura femenina ante el riesgo y la violencia. Los hombres actúan de una manera tal que se los diferencie de las mujeres y por eso son víctimas de la violencia.

La cultura femenina es básicamente una conducta de la evitación. La mujer evita el conflicto, evita la pelea, evita el riesgo y no le importa que le llamen miedosa. Al hombre sí le importa. Y le importa porque evitar la pelea y el riesgo sería comportarse como una mujer y eso, en una cultura machista y cuando se tienen 15 años, es también muy peligroso, pues significa perder su identidad y ser objeto de burlas y desprestigio social. Asumir una conducta estipulada como femenina es someterse a los otros hombres.

La cultura de la masculinidad adquiere unas dimensiones especiales durante la adolescencia, pues en esta etapa se está en procura de la construcción de la propia identidad. Ese es un momento difícil para los hombres y las mujeres ante cualquier circunstancia, pero, en relación a la violencia, lo es mucho más para los hombres, pues están obligados a reafirmarse en la cultura de la masculinidad que los expone al riesgo (Zubillaga y Briceño-León, 2001). En ese momento de la vida, la cultura del "respeto" como un reconocimiento de su identidad y virilidad por parte de sus pares, adquiere mucha más fuerza. El respeto es un componente importante de la masculinidad en distintas sociedades y edades, pero entre los jóvenes tiene mucha más relevancia por sus propias carencias de identidad, hacerse hombre en un sector de bajos ingresos es muy duro para los jóvenes y la violencia es un modo de crecer. Por eso en las investigaciones se ha podido encontrar que el ejercicio ostentoso de la violencia se da fundamentalmente entre los jóvenes de menor edad y antes que se consoliden como malandros de respeto en su zona, pues, una vez que son reconocidos como tales y empiezan a tener una vida sexual estable con su pareja, disminuyen el exceso de violencia y comienzan a administrarla con un racionalidad adecuada a los fines que persiguen (Marquez, 1999).

El mercado local de la droga y la impunidad

El consumo de droga no pareciera ser un gran impulsor de la violencia, el mercado de la droga sí lo es. Los consumidores pueden tener un comportamiento violento mientras están bajo los efectos de algún estupefaciente, pero esto no es lo más común, sucede más en los momentos de abstinencia prolongada en los adictos o cuando delinquen para poder comprar la droga, pero no están bajo los efectos de la droga en esos momentos.

El problema importante se presenta con el mercado de la droga y con las transformaciones que ese mercado sufrió a partir de los años ochenta. Por un tiempo el arreglo comercial que se hacía entre los mayoristas y los minoristas era el pago en dinero de una comisión por la venta de una determinada de droga: vendía un kilo y le pagaban mil dólares, por ejemplo. Esa situación cambió en muchos lugares a partir de los años ochenta, el negocio se planteo de una manera distinta y, en lugar de un pago en dinero, se comenzó a proponer un pago en especies, es decir, con más droga. Este acuerdo le permitía al minorista ganar más dinero, pues la cantidad de droga dada en pago tenía un equivalente en dinero muy superior a lo que antes recibía en efectivo, y al mayorista quitarse los problemas del pago al empleado pues lo convertía en empresario con una suerte de *outsourcing* del negocio.

El problema se trasladaba al minorista ahora, pues, para poder realizar su ganancia debía vender más droga que antes y para lograrlo tenía dos posibilidades, o sus consumidores habituales le compraban más o ampliaba su mercado y conseguía nuevos compradores, pero esto no es tan fácil, así que la manera más sencilla de expandir su mercado era quitándoselo a otro vendedor. Y esta es la historia de la guerra de las pandillas por el control territorial de mercados locales de la droga.

En un estudio sobre los homicidios de 1995 y 1996 en la ciudad de Cali, Colombia (Velez et al, 1999), se encontró que de manera oficial el 15% de los homicidios ocurridos en la ciudad estaban vinculados al tráfico de drogas, pero, al observar en detalle los asesinatos, este porcentaje subía al 46%, pues incluía los 20 homicidios dobles, 5 homicidios triples, un cuádruple y uno séxtuple, que además de 14 víctimas de sicarios, habían sucedido en el año 1996.

Esta violencia ligada a la droga tiene además unos altos niveles de impunidad. El castigo de los homicidios es muy bajo en América Latina, pero su vinculación con la droga ha acrecentado esta realidad e impulsado la percepción que el delito de la droga no se paga. Las ganancias de la droga son tan altas que les ha permitido corromper las policías de los distintos países, pero, cuando algo falla han podido también controlar con ofertas de dinero o amenazas de muerte a los funcionarios del poder judicial: jueces y fiscales son víctimas de la violencia. Y si todavía algo sale mal y las traficantes van a la cárcel, los jefes del negocio de la droga se encargará de brindarlas protección y bienestar en las prisiones. En las cárceles de América Latina, donde todo se paga, los presos por droga tienen secciones aparte o cuartos especiales, electrodomésticos, teléfonos celulares y hasta guardaespaldas contratados dentro de la propia institución penitenciaria, porque pueden pagarlos con el dinero que la organización les facilita.

Con perspectivas de ganancias tan altas como las que ofrece el comercio de la droga y posibilidades tan bajas de ser apresados y castigados, la droga se convierte en una alternativa de vida para muchas personas y un fomentador importante de la violencia en AL.

Pero hay un efecto mucho mayor y es el tremendo daño que el negocio de la droga ha causado a las instituciones de justicia penal en los países, pues ese daño no se restringe a la impunidad que puede vivir un determinado traficante, sino el deterioro que ha producido en su funcionamiento general. El sistema penal requiere de instituciones y de una ideología que la sostenga y le dé legitimidad al derecho a castigar; cuando el miedo y el dinero se apoderan de los funcionarios quien hace crisis no es tal o cual juez, es la institución en su conjunto. Un juez colombiano, encargado de un caso de droga, contaba que había recibido millonarias ofertas para que absolviera a un traficante imputado de varios delitos, sistemáticamente las había rechazado, pero un día le llegó un regalo a su oficina. Temerosos que fuese una bomba, los guardias de seguridad revisaron el paquete minuciosamente y no encontraron ningún peligro evidente y se lo entregaron al magistrado. Al revisarlo, el juez se encontró con un candoroso álbum de fotos familiares: su hija jugando en el patio del colegio, su hijo entrando al cine con unos amigos, su esposa de compras en el mercado...el mensaje era claro y él lo entendió; y con mucho pesar y vergüenza, abandonó el caso.

Factores que facilitan la violencia

Pero hay un tercer tipo de factores que no son origen de la violencia y por lo tanto no es posible atribuirles causalidad, pero que facilitan los comportamientos violentos o los hacen más dañinos, más letales, pues los posibilitan y los potencian. Estos factores no se encuentran al nivel de la estructura social, sino del individuo.

El incremento de armas de fuego entre la población

En el mundo hay un aumento notable en la posesión de armas ligeras de fuego: revólveres, pistolas, mini-ametralladoras. Las armas de fuego tienen una particularidad y es que no se consumen con su uso, como muchos otros productos industriales o bélicos. Las armas permanecen y son reutilizadas y vendidas otra vez en mercados secundarios o terciarios. Y estas armas producen anualmente más de 200 mil muertes cada año en eventos no-bélicos, pues en las guerras suman unos 300 mil muertos adicionales (Small Arms Survey, 2004).

Las armas de fuego las producen más de mil empresas en 98 países del mundo, pero el 70% del mercado mundial es cubierto por las empresas de USA y de la Federación Rusa. Las normas sobre las armas de fuego varían

mucho de un país a otro, desde la prohibición mas estricta en el Reino Unido, hasta la más abierta como la que existe en USA, donde portar armas es un derecho constitucional. A pesar que la existencia de armas de fuego en una sociedad no tiene porque ser un indicador eficiente de la violencia en esa sociedad, es cierto también que la existencia de armas de fuego entre la población facilita la letalidad de la violencia, pues un conflicto interpersonal, una pelea callejera o un drama pasional, pueden terminar en unos cuantos golpes o en algún muerto y la diferencia sustantiva en el resultado la puede dar la presencia de armas de fuego y no la rabia, el odio o el dolor involucrados. El mismo odio puede producir un rostro amoratado o una víctima mortal. Un estudio en 25 países de altos ingresos mostró que los homicidios sufridos por mujeres estaba significativamente asociado con las disponibilidad de armas de fuego (Hemenway et al. 2002).

Pero la disponibilidad de armas entre los ciudadanos hace que el crimen se torne más violento, pues el delincuente sabe que puede encontrar resistencia armada y en consecuencia se prepara y actúa con una violencia superior a la que presume pueda encontrar en su víctima. En sociedades sin armas de fuego, los delincuentes pueden dominar a la víctima con un cuchillo o simplemente su fuerza física, pues saben que el otro no tendrá un arma para defenderse.

América Latina es la región que tiene más homicidios causados por armas de fuego. En el Cuadro 10 se pueden observar las distintas regiones del mundo y como América Latina triplica la tasa de homicidios de África y quintuplica la de América del Norte o Europa Central y del Este, y es 48 veces mayor que la de Europa Occidental.

Cuadro 10

Estimados (bajo y Alto) de Homicidios por Armas de Fuego por Región

	Tasa de Homicidios por 100 000 habitantes	
	Umbral bajo	Umbral alto
África	3.83	5.90
América Latina y el Caribe	12.80	15.47
Norte América	3.17	3.50
Medio Este	0.52	1.8
Europa Central y del Este	1.63	3.09
Europa Occidental	0.32	0.35
Sudeste Asiático	1.04	1.45
Asia del Pacífico	0.51	0.54
Total Mundial	2.85	3.96

Fuente: Construcción propia sobre datos del Small Arm Survey 2004 (2004).

Se estima que en AL pueden haber entre 45 y 89 millones de armas de fuego en manos de civiles. Como la gran mayoría son ilegales, no hay datos precisos y los expertos realizan este tipo de estimaciones entre un umbral bajo y uno alto y consideran que en Brasil deben existir entre 20 y 30 millones, en México entre 3,5 y 16,5 millones, en Argentina entre 4 y 6 millones, en Chile entre 1,4 y 2 millones y en Ecuador entre 200 mil y 500 mil. Pero la letalidad con esas armas de fuego varía mucho de un país a otro, pues en Ecuador, con pocas armas, se comenten más homicidios: uno por cada 150-380 armas de fuego disponibles. En cambio en Chile, donde hay muchas más armas, ocurre un homicidio por cada 17-24 mil armas de fuego (Small Arms Survey, 2003). Las armas de fuego no son responsables de la violencia, pero en condiciones de conflictividad social e individual facilitan las agresiones graves o mortales entre las personas.

El consumo de alcohol

El consumo excesivo de alcohol es un factor asociado con los comportamientos violentos y con la victimización. En el estudio ACTIVA realizado en 7 ciudades con apoyo de la OPS se encontró una asociación entre la victimización y el haber consumido varias veces a la semana más de 5 tragos de alcohol en cada oportunidad, y esto tuvo asociación en Río de Janeiro, en Caracas, en San José de Costa y también en Madrid (Cruz, 1999). De igual modo, en un estudio sobre violencia en la pareja en Caracas, encontramos que uno de los factores asociados a las agresiones graves entre los cónyuges era el consumo excesivo de alcohol por ambos o uno de sus miembros (Briçño-León et Alt., 1998).

Pero el alcohol en si mismo no tiene porque ser causa de la violencia, ya que al igual que la droga puede producir un efecto adormecedor y tranquilizante en algunas personas. Pero el consumo de alcohol actúa también como un desinhibidor, el alcohol reduce las barreras, las represiones que la cultura ha sembrado en el individuo. Las normas internalizadas, el superyo en el sentido freudiano, son fragilizados por el efecto de la bebida y las personas se vuelven más expresivas, más sinceras o más agresivas.

Muchas de las riñas y de los homicidios son el resultado de una combinación banal, pero asesina, entre embriaguez y porte de armas. Y es banal porque muchas de las personas, hombres y mujeres que hemos entrevistado en cárceles, relatan los sucesos como una circunstancia que si hubieran tenido la oportunidad de pensar un poco su actuación, no lo hubieran hecho. Por eso una de las políticas exitosas que se han adoptado en ciudades de alta violencia ha sido la de decretar Ley Seca durante algunos momentos considerados críticos. En Cali, Colombia, se ensayo esta prohibición los días que se celebraban partidos de fútbol importantes y se encontró que dismi-

nuían los homicidios que podían ocurrir entre los alegres o entristecidos fanáticos de los equipos deportivos y así pudieron bajar la tasa de homicidios.

La incapacidad de expresar verbalmente los sentimientos

Finalmente, nos parece que una circunstancia individual que facilita el pasaje al acto violento es la extrema dificultad que tienen algunas personas para expresar con palabras los sentimientos de rabia o disgusto que llevan por dentro. La tesis que sostenemos es que aquellos que no pueden comunicar su molestia con palabras, la expresan con actos: con bofetadas, patadas, puños o armas. La palabra es entonces un sustituto del acto violento y por lo tanto es violencia también, pero con muchas menos consecuencias y daños físicos sobre el otro. La violencia es siempre un acto de comunicación, es un lenguaje pervertido por el sentimiento o perfeccionado por la razón funcional. La palabra puede exorcizar la ira que se siente y hacer que el otro reciba la agresión, sin herirlo físicamente.

Algunos colegas, sobre todo estudiosos de la violencia de género, consideran que debe por igual censurarse la violencia verbal y la violencia física. Desde un punto de vista moral uno puede concordar y considerar que ambas son incorrectas, e incluso, que algunas veces una palabra puede hacer más daño que una bofetada. También el silencio y el olvido pueden herir más que un golpe. Pero, en términos de la violencia que lesiona el cuerpo o asesina, nos parece que la palabra es una gran ayuda para resolver los conflictos en el campo de lo simbólico.

El asunto es por qué unas personas transforman sus impulsos en actos y otras no. Por qué unas personas dicen: tengo unas ganas inmensas de darle un puñetazo; y otras simplemente lo hacen. Hay dos factores que podemos apuntar, uno son los controles morales que frenan el pasaje al acto, el otro es la realización substitutiva del deseo. Lo que hemos podido observar es que aquellas personas que no logran construir la substitución verbal, encuentran en el pasaje al acto su forma de expresar el sentimiento y el deseo. El psicoanálisis ha trabajado estos mecanismos substitutivos, el sueño, por ejemplo, es uno de ellos, y por eso Freud (1973) escribió en una oportunidad que los hombres sanos sueñan lo que los perversos hacen. Uno pudiera parafrasearlo y afirmar que los hombres pacíficos hablan lo que los violentos hacen.

La asociación invertida que diversas investigaciones han encontrado entre el incremento en años de educación y la disminución de los comportamientos violentos o la victimización grave, da lugar a varias explicaciones: por un lado la educación ofrece más oportunidades de empleo e incorpora más la normativa social en el individuo; pero, por otro lado nos parece también que los años de estudio proporcionan más habilidades verbales a las personas y eso les permite expresar sentimientos y manejar conflictos a través de la negociación y el acuerdo, es decir, con palabras y sin violencia.

Ciudad, Ciudadanía y Violencia

Estos tres niveles de factores nos permiten un abordaje multifactorial de la violencia urbana de América Latina con el cual podemos comprender tanto los aspectos propios de la estructura social de América Latina y sus ciudades, como de la dinámica del comportamiento de las personas que, al final, siempre sintetiza los determinantes sociales y las singularidades que permite la libertad individual y que permite la diferencia y por lo tanto hace únicos e irrepetibles cada uno de los eventos de violencia cotidiana.

Cada uno de esos niveles recubre el siguiente, lo engloba y contribuye a su comprensión. No podemos contentarnos con las grandes explicaciones como pretender resolver el problema atribuyendo la violencia al neoliberalismo. El proceso social que conduce a la violencia en AL es de una gran complejidad y debemos evitar las simplificaciones, pues el propósito no es quitarle riqueza al fenómeno sino hacer conjeturas científicas que permitan transformar un fenómeno complejo e incomprensible, en otro igualmente complejo, pero algo más comprensible.

De este modo podremos comprender mejor las transformaciones sociales que han ocurrido en la violencia de AL y sus consecuencias para la salud pública. El impacto en la salud de la población no está solo en las alarmantes cifras de mortalidad que hemos presentado y en las poco confiables estadísticas de morbilidad, con sus miles de heridos, lisiados e inválidos, que no hemos argumentado. Se trata también de los millones de víctimas indirectas que, de manera vicaria, han vivido el dolor de sus familiares, vecinos y amigos y en la población en general que vive atemorizada, pierde la ciudad y sus derechos de ciudadanos.

El miedo a ser víctima de la violencia produce diversos tipos de respuestas en la sociedad, por una parte hay un incremento de la defensa privada y por el otro una exigencia demanda de mayor ofensiva pública hacia el delito. El incremento de la defensa procura disminuir la exposición al riesgo de los individuos, es decir del crear condiciones para no ser víctima, y esto se logra inhibiendo las salidas o restringiendo los movimientos en ciertas partes de la ciudad o a ciertas horas, incrementando la seguridad en el hogar, construyendo espacios públicos privatizados, incrementando la protección privada. La demanda de mayor ofensiva hacia los actores violentos ("guerra al crimen" se ha llamado en muchos lugares) pide mayor presencia policial en las calles y espacios públicos, mayor agresión por parte de la policía hacia los delincuentes, inclusive le brinda apoyo a las acciones extrajudiciales de las policías (detener sin orden judicial, torturas o ajusticiamientos) y un incremento en la severidad de las penas (Briceño-León, Cruz y Piquet Carneiro, 1999; Cano, 1997).

La ciudad se va transformando para adaptarse reactivamente a las condiciones de inseguridad. La ciudad dividida tiende a reforzar -con intención o sin ella- los mecanismos de separación y segregación entre los territorios ocupados por los distintos sectores sociales. En un primer momento la clase media comenzó a cerrar las calles de su vecindarios, a colocar vigilancia privada, pero luego los sectores pobres hicieron lo mismo con las veredas peatonales y, como no tenían recursos para pagar policías privados, comenzaron a asumir ellos mismos esos roles de vigilancia (Romero Salazar y Rujano 2002). La calle como mercado abierto es cada vez más substituido por los centros comerciales, los cuales recrean las avenidas en un ambiente privado y ofrecen seguridad, pues tienen pocas puertas y sistemas de seguridad privados. Los centros comerciales, que en un primer momento fueron una iniciativa de lujo dedicada a la clase media, han sido poco a poco convertidos en el lugar favorito de todos los sectores sociales y no solo se han creado "malls" para los sectores de bajos ingresos, sino que todos se han pasado a ser el lugar predilecto de paseo de los pobres y una de las razones esgrimidas por los visitantes ha sido la seguridad.

Pero con la violencia no solo se pierde la ciudad, sino la ciudadanía, es decir los derechos sociales que como ilusión y realidad ha representado la ciudad moderna. La violencia es una amenaza permanente al derecho fundamental como es el derecho a la vida. La ciudad era el lugar donde podía protegerse más la vida y su entorno se ha convertido en una amenaza. El derecho al libre tránsito se ve restringido por los cerramientos de las calles y el voluntario abandono que las personas hacen de muchas zonas por temor a ser víctimas. El derecho a una vivienda segura, la familias de todos los sectores sociales se sienten inseguras hasta en sus casas, y la clase media coloca cercas, alambrado eléctrico y alarmas y los pobres hacen sus casas sin ventanas para poder protegerse, pero la casa termina siendo un refugio donde las personas se aíslan y autoencarcelan para poder defenderse. Pero la ciudad es también el derecho al trabajo y a la recreación y los trabajadores no aceptan trabajar horas extras en las noches, que pudiera representarles un ingreso adicional, o dejan de ir a fiestas por temor a regresar tarde en la noche a sus casas. Pero la violencia representa también una amenaza a los mismos derechos, pues el miedo y el dolor empujan a muchos ciudadanos al apoyo de las acciones extrajudiciales y violatorias de los derechos humanos de los individuos y de los propios delincuentes. El ciudadano dice por qué defienden los derechos humanos de los bandidos, ¿y qué pasa con los derechos humanos de nosotros los ciudadanos honestos? Todo ello representa una pérdida notable de la ciudadanía.

La conquista de la paz, la superación de la violencia, significa hacer de las ciudades el espacio de la libertad y de la ciudadanía. La ciudad es el lugar de la inclusión porque es el espacio del encuentro en distintos y desiguales.

La ciudad es el espacio de la negociación entre los diferentes, una ciudad homogénea es una ciudad insípida y aburrida, las grandes ciudades de la historia siempre fueron un lugar de encuentro de grupos sociales, ideologías y religiones diferentes: Roma, Estambul, París, Nueva York. Y en escalas más modestas las ciudades del mundo tienden a repetir ese patrón que se acrecienta en los tiempos de la globalización. La ciudad es también el lugar de acuerdo y convivencia entre desiguales, no tenemos porque aspirar a igualdad, pero tampoco tiene porque existir exclusión. La ciudad es el lugar para incluir a todos en la igualdad de los derechos ciudadanos, en la posibilidad de lograr una vida urbana digna y saludable, no necesita de riquezas pero tampoco de penurias. La ciudad es el lugar donde es posible generar los acuerdos que requiere el avance de la vida social y de los derechos sociales, es el lugar donde los desiguales pueden encontrarse –amistosa o conflictivamente– y mutuamente avanzar en la construcción de un espacio urbano, pues la ciudad es el lugar privilegiado de los derechos de los individuos y de la convivencia colectiva.

Hay un viejo adagio alemán que dice “Stad Luft mach frei”: el aire de la ciudad os hace libres. La expresión tiene su origen en los tiempos medievales cuando un siervo de la gleba que podía demostrar que había logrado vivir durante un año y un día en la ciudad, adquiriría su libertad y su derecho a permanecer con derechos en la urbe. La ciudad Latinoamérica solo podrá volver a ser ese sueño de libertad que representó para muchos en el siglo XIX, si logra superar la epidemia de violencia, y para eso se requieren transformaciones sociales que otorguen más libertad, no que la restrinjan. La ciudad sana que puede aspirar la salud pública, tiene que ser también una ciudad segura.

Referencias bibliográficas

- BANDURA, A. (1986) Social foundations of thought and action. **A social Cognitive theory**. New Jersey, Prentice Hall.
- BELL, Daniel (1964) Los portuarios controlados por el racket: la telaraña de la economía y la política en El fin de las Ideologías, Madrid, Tecnos, S.A.
- BID (2002) **Youth Violence Prevention**, Washington, BID, Technical Note 10.
- BOLÍVAR, T. (1995) “Urbanizadores, constructores y ciudadanos” in: **Revista Mexicana de Sociología**. Enero-marzo Año LVII/ Num.1.
- BOLIVAR, T., GUERRERO, M., ROSAS, I., ONTIVEROS, T., DE FREITAS, J. (1994) **Densificación y vivienda en los barrios caraqueños**. Contribución a la determinación de problemas y Soluciones, Caracas, Mindur-Conavi.
- BOUDON, R. (1979) **La logique du social**. París: Les Éditions Hachette Littérature.
- BRICEÑO-LEÓN, R (2002) **La nueva violencia urbana en América Latina en en Violencia, Sociedad y Justicia en América Latina**, R. Briceño-León (compilador) Buenos Aires, CLACSO.

- BRICEÑO-LEÓN, R., PIQUET, L., CRUZ, J.M. (1999) O apoio dos cidadãos à ação extrajudicial sa policia no Brasil, em El Salvador e na Venezuela”, en Ciudadanía, Justicia e Violencia, D. Chaves Pandolfi, J. Murilo de Carvalho, L. Piquet Carneiro e M. Grynspan (organizadores), Rio de Janeiro, Editora da Fundação Getulio Vargas.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (1997) Buscando explicaciones a la violencia. **Espacio Abierto**, 6 (1).
- BUVINIC, M., MORRISON, A., SHIFTER, M. (2000) **La Violencia en América Latina y el Caribe**. Un Marco de Referencia para la acción. Washington, Banco Interamericano de Desarrollo.
- CANO, Ignacio (1997) “The Use of Lethal Force by Police in Río de Janeiro”. Iser. Brasil.
- CEPAL (2004) Panorama Social de América Latina, Santiago de Chile, Cepal
- CRUZ, J.M. (1999) La victimización por violencia urbana: niveles y factores asociados en ciudades seleccionadas de América Latina y España Washington, OPS
- CRUZ, José M. (2000) “Violencia, democracia y cultura política” en: **Nueva Sociedad**, 167. Caracas.
- FREUD, S. (1973) Obras completas. Tomo I. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Fundación Mexicana de la Salud (1999) Tendencias y Causas de delito violento en el Distrito Federal. Informe Final. México, Fundación Mexicana de la Salud.
- GERMANI, G. (1961) **Política y sociedad en una época en de transición**. Buenos Aires: Paidós.
- ILO. International Labor Office (2004) Información sobre el empleo de los Jóvenes, Geneve, ILO.
- LACAN, J. (1976) Ecrits. Paris: Seuil.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1964) **Las estructuras elementales del parentesco** (Buenos Aires: Paidós).
- LONDOÑO, J.L.; SZEKELY, M. (1997) Persistent Poverty and Excess Inequality: Latin America, 1970-1995. Washington, Inter American Development Bank, Working paper 357.
- MARQUEZ, P. (1999) **The Street is My Home**, Stanford University Press, Stanford, California.
- MERTON, R.K. (1965) **Teoría y Estructura Social**, México, FCE.
- MOSER, C. y E. SHRADER (1998) Crimen, Violencia y Pobreza urbana en América Latina: Hacia un marco de referencia integrado. Washington, LCSES, Banco Mundial.
- MURMIS, M. (1969) Tipos de Marginalidad y posición en el proceso productivo en: **Revista Latinoamericana de Sociología**, N° 2.
- NUN, J. (1969) Superpoblación relativa, ejercito industrial de reserva y masa marginal, en **Revista Latinoamericana de Sociología**, N° 2.
- OPS (1997) Taller sobre La Violencia de los Adolescentes y las Pandillas (“Maras”) Juveniles, San Salvador 7-9 de Mayo.
- PÉREZ PERDOMO, P. (2002) Contar los cuerpos, lamer las heridas: la tarea de cuantificar la violencia delictiva en Morir en caracas. *Violencia y Ciudadanía en Vene-*

zuela. Caracas, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Universidad Central de Venezuela.

PINHEIRO, P.S. (1998) El Crimen, la violencia y la pobreza Urbana en Seminar on Urban Poverty, Rio de Janeiro, May 14-16, ALOP and World Bank.

POPPER, K. (1977) **La lógica de la investigación científica**. Madrid: Editorial Tecnos.

Population Reference Bureau (2004) 2004 World Population Data Sheet, Washington, PRB

ROMERO SALAZAR, A., RUJANO, R. (2002) "Control Social; Nuevas Realidades, Nuevos Enfoques". **Espacio Abierto**. Vol. XI. No. 4. Venezuela.

RUBIO, Mauricio (1999) "Crimen E Impunidad. Precisiones sobre la Violencia". TM Editores con el CEDE de la Universidad de los Andes. Colombia.

SANTOS, M. (1973) **Geografía y Economía Urbana en los países subdesarrollados**. Barcelona, Oikos-Tau.

SMALL ARMS, Survey (2003) **Oxford**, Oxford University.

SMALL ARMS, Survey (2004) **Oxford**, Oxford University.

United Nations (2001) World Population Prospects. The 1999 Revision. New York, UN Population Division.

VELEZ, L.F., ESPITIA, V.E., BANGUERO, H., MÉNDEZ, F., MUÑOZ, E., ROTAWINSKY, W., VANEGAS, G., ESPINOZA, R. (1999) Violencia en Colombia un análisis exploratorio del caso de la ciudad de Cali, Cali, Universidad de Valle/ World Bank Project on Crime in LAC cities.

WEBER (1977) **Economía y Sociedad**, México, FCE.

WHO (2000) World Report on Violence and Health, Geneva, WHO.

ZUBILLAGA, V., BRICEÑO-LEÓN, R. (2001) "Exclusión, Masculinidad y respeto: Algunas Claves para entender la violencia entre adolescentes en barrios", **Nueva Sociedad**, 173.